



1

La aventura de la puerta

Mr. Utterson era **abogado** y una persona muy seria. Era alto y delgado. Nunca sonreía, pero era simpático. Le gustaba beber buen vino cuando estaba con sus amigos, pero, cuando estaba solo, únicamente bebía ginebra. También le gustaba el teatro, aunque hacía más de veinte años que fue a uno por última vez.

Era un hombre severo y exigente consigo mismo. Sin embargo, era tolerante con los demás, aunque cometieran maldades. Los recibía en su casa y los trataba amablemente. Sus amigos eran familiares o viejos conocidos.

Mr. es la abreviatura de la palabra inglesa *mister*, que significa 'señor'.

Un **abogado** es una persona que ha estudiado Derecho y conoce muy bien las leyes.

Un buen amigo suyo era Richard Enfield,
un pariente lejano, muy conocido en Londres.
Los dos quedaban todos los domingos para dar un paseo,
y esperaban con muchas ganas esa excursión semanal.
La gente decía que paseaban en silencio, sin hablar.
Parecían muy misteriosos.

Un domingo, tras andar un buen rato, fueron a parar
a uno de los barrios más animados de la ciudad.

Estaban paseando por una calle llena de tiendas
con las puertas y las paredes muy bien pintadas
y unos escaparates muy bien arreglados.

Muy cerca, en un callejón sin salida,
había una casa que parecía abandonada.
Tenía dos pisos, pero ninguna ventana.
La puerta estaba vieja y despintada,
y no tenía **aldaba** ni timbre.
Parecía una cara sin ojos.

La **aldaba** es una pieza de hierro colgada en medio de la puerta que sirve para llamar.



Enfield y Utterson se pararon delante de la casa.

—¿Te has fijado en esta puerta? —dijo Mr. Enfield—.
Me recuerda una aventura muy extraña que me pasó.

—¿De verdad? ¿Qué aventura?
—preguntó Utterson con la voz algo cambiada.

Y Enfield le contó la historia con todo detalle:

—Una vez, regresaba a casa
a las tres de la madrugada.
Estaba muy oscuro,
solo se veían las farolas encendidas.
No había nadie por la calle
y empecé a tener un poco de miedo.
De repente vi a dos personas:
un hombre de baja estatura,
que caminaba deprisa y cojeando,
y una niña de unos ocho o diez años,
que iba corriendo en sentido contrario.

»Estaba tan oscuro que no se vieron
y chocaron con violencia.
La pequeña **cayó de bruces**
y aquel hombre pasó por encima de su cuerpo.
Sí, la pisó sin hacerle ni caso.
¡Pobre niña! Fue horrible.

»Aquel hombre no parecía un ser humano,
sino un ser **infern**al.
Corrí hacia él y lo agarré por el cuello
para obligarlo a volver
al sitio donde se había quedado la niña.
El hombrecillo me acompañó sin resistirse,
pero me miró de una manera que me hizo **estremecer**.

Caer de bruces

es caer al suelo
golpeándose
la cara.

Infernal significa

'propio del
infierno', es
decir, que parecía
un demonio.

Estremecerse es

temblar a causa
del frío
o del miedo.

»Llegamos al lugar donde estaba la niña.
Sus familiares ya se habían reunido a su alrededor.
Enseguida llegó un médico.
Por suerte, no le había pasado nada grave.
Según el médico, solo estaba asustada.

»Pero la historia no acaba aquí.
Rápidamente me di cuenta de que sucedía algo extraño.
El médico era un hombre normal,
no tenía ningún rasgo destacado,
pero cada vez que miraba a aquel hombrecillo
palidecía y parecía odiarlo.
De hecho, los familiares de la niña y yo
ya lo odiábamos.

En este caso,
los rasgos son
las características
propias de la cara
de una persona.

Palidecer es
ponerse pálido,
es decir, perder
el buen color
del rostro.

Las mujeres estaban muy enfadadas.

»Dijimos a aquel hombre
que estábamos indignados.
Que contaríamos por todo Londres lo sucedido
y que haríamos que perdiera todas sus amistades.
Lo que había hecho era vergonzoso.

»El hombre seguía tranquilo, sin reaccionar.
A nosotros, eso nos provocaba aún más odio.
Finalmente, como nos vio tan irritados, dijo:

»—De acuerdo. No quiero que se sepa lo que ha pasado.
¿Cuánto dinero desean que les pague?

»Le pedimos cien **libras** para la familia de la niña.
Y ¿sabes adónde fue a buscar el dinero?
¡A esta casa, la que no tiene ventanas!

La **libra** es la moneda del Reino Unido.

»Salió con algo de dinero y un **cheque** firmado.
No te diré el nombre que había escrito,
pero es el de una persona que todo Londres conoce.
Aparece a menudo en los periódicos.

Un **cheque** es un papel impreso que permite sacar dinero del banco. El propietario del dinero debe firmarlo.

»Aquello me sorprendió mucho.
Pensé que nos estaba engañando,
que era un cheque falso.
Pero él nos aseguró que lo cobraríamos.
Como era de noche y los bancos estaban cerrados,
el extraño hombrecillo pasó la noche en mi casa,
y a la mañana siguiente
fuimos juntos a cobrar el cheque.
No era falso, era auténtico.»

—¡Caramba! —dijo Utterson—. ¡Qué historia tan extraña!
Creo que ese hombre es una mala persona,
que se aprovecha del nombre
de un hombre respetable.

—¡A saber por qué! —comentó Enfield.

—¿Y sabes si esa persona vive en esta casa?
—preguntó Utterson.

—No lo sé —respondió Enfield—.
Pero, vaya, es un lugar muy extraño para vivir.
Una casa sin ventanas...
En la parte de atrás hay una chimenea
que siempre echa humo,
pero seguramente es de otra casa.
En este callejón están todas muy juntas.

—Bueno, da igual —dijo Utterson—.
Pero hay una cosa que me gustaría saber:
¿cómo se llama ese hombre tan extraño?

—Me dijo que se llamaba Mr. Hyde —contestó Enfield.

—Y ¿cómo era?

—¡Huy! Muy desagradable. No sé cómo describirlo.
Era **repugnante**; solo el hecho de mirarlo
me hacía sentir mal.

—Vaya. ¿Y estás seguro de que utilizó una llave
para abrir la puerta? —preguntó Mr. Utterson.

—¡Hombre! Claro.

Los dos amigos continuaron paseando
hasta que llegó la hora de volver a casa.

Una persona
repugnante
es aquella que
provoca asco.